

—Imagino, querido Florestán, la corona de porcelana que irás a colocar en mi tumba cuando descanse en ella.

Florestán se me impone y yo entonces me caño; y, tan delgado, tan pálido y afligido como estoy, comienzo a observar, desde el rincón del carruaje, que va al paso por los aéreos senderos del Gianicolo... (\*)—las bellas cosas que no son ya para mí, las bellas cosas que quedan para los demás: esta dulzura del sol poniente...; la vida, la vida, toda la vida como la saborearán los demás, aunque amarga, ¿qué importa?

Y contemplo a este hombre, grueso y sanguíneo que está a mi lado y suspira; y pienso en mi mujer que, esperándonos, también suspira, y en mi hijo, que, una vez yo desaparecido, ni siquiera me recordará.

—¡Papá!—dirá a Florestán.

Y éste, volviéndose, le contestará bruscamente:

—¿Qué quieres?

¡Ese es el marido de tu mamá, Carlitos amado! Pero no es tu padre, ¿sabes?

Pero a pesar de todo, es tan bella la vida, tan exuberante...

(\*) Parque de Roma.

## La sombra del remordimiento

—He venido—gimió desde el umbral Bellavida, vacilante, como si se lanzase a hablar y luego se detuviese—, porque lo he comprendido, ¿sabe? Vucencia... no tiene ya el corazón... como para ir... a mi casa... ¡Lo he comprendido!

Repuesto apenas de la sacudida de ira que le había producido el anuncio de aquella visita, el señor notario, desde la mesita a que se hallaba sentado en su alcoba, indicó que sí con la cabezota calva, sin saber en realidad por qué. (¿El corazón? ¿Qué había dicho?) E invitó, con un movimiento de la mano, al visitante, que podía pasar y sentarse.

Ante aquel gesto, sintió Bellavida como si se tambalease la habitación; de tal manera la dicha le dominó de improviso. Y como quiera que, vestido de rigurosísimo luto, tras haber hablado, ha-

blábase repuesto rígido junto a la puerta, casi le faltaron las piernas por la repentina emoción.

Se sostuvo, oprimiendo las manos gráciles, trémulas, en los hombros de su hijo Miguelito, que se hallaba ante él, vestido también con un traje acabado de teñir de negro. A la presión, como ante una llamada, apareció enseguida en Miguelito, más radiante, la satisfacción con que llevaba puesto aquel traje negro.

Lo llevaba como un uniforme. El día anterior había dicho a todos los chiquillos de la vecindad, que se hallaban embobados ante la puerta de su casa, en donde el papá acaba de clavar al través una franja negra de bombasí:

—Estoy de luto.

Y recreándose en el placer de que parecía estar poseído, se había pasado las manos por la chaqueta.

También su papá estaba de luto, ¡y de qué manera! Hasta la bufanda de lana roja que llevaba siempre envuelta en el cuello glanduloso, la había teñido de negro. Aunque el luto lo llevaba el papá por bien diverso modo.

A la invitación de pasar, reponiéndose de la alegría, Bellavida empujó hacia adelante a Miguelito, y, bajito, bajito, al oído:

—(Ve a besar la mano al señor.)

Luego, con la compuesta gravedad que aquella visita, de sólo seis días después, le imponía, movió algunos pasos por la estancia en desorden, que sabía aún a los grasos ronquidos nocturnos del

grasiento notario, y sentóse en el borde, en el borde de una silla, derecho sobre la cintura, como si el dolor le obligara por fuerza a estar así, tieso y rígido.

Puede que en su casa se hubiese dejado caer, en la desesperación de aquella pena. Mas como quiera que la conmiseración que el señor notario pudiera concederle, no debería ocupar excesivo lugar en el mismo, y, seguramente, no era menos desolado el dolor en que debería debatirse también el señor notario en aquel instante, le pareció demasiado aún, sentarse así en el filo de a silla.

Miguelito, tras haber recibido del notario un beso forzado, rozando apenas los cabellos, volvió hacia él y se colocó entre sus piernas.

Por un instante, desde el mármol de la mesilla de noche, junto a la cama deshecha, se hizo perceptible el tic-tac sutil del reloj de oro de bolsillo del notario, colocado allí sobre un pañuelo de seda. El notario había apoyado los brazos sobre la mesa velada de polvo, y había hundido entre ellos la cabeza.

Permaneció Bellavida un buen rato contemplando, con ojos graves y densos de angustia, la calva amoratada del señor notario, que emergía de entre los brazos cruzados. Si el respeto no se lo hubiese vedado, se hubiese aproximado de puntillas a depositar un beso de gratitud ferviente sobre aquella calva; de tal manera el doloroso

recogimiento del notario servíale de bálsamo a su corazón. Sentíase realmente feliz, como si toda aquella pena en que le vefa sumido le sustentara a él, como da la leche de sus senos la madre al hijo.

Al fin resolvióse a hablar.

—Para el entierro—dijo (y enseguida le tembló la voz)—para el entierro encargué en su nombre una corona de flores frescas, algo... algo más grande que la mía.

El notario levantó de la mesa el rostro más que contraído.

—¿Una corona?

—Me lo permití, seguro de interpretar su deseo, señor notario.

—Está bien. ¿Y qué más?

—Después las hice colocar en el carro fúnebre, señor notario. La suya y la mía juntas. ¡Tan bonitas las dos! ¡Si su señoría las hubiese visto! Hablaban.

—¿Quién hablaba?

—Las coronas, señor notario.

El rostro del notario, alzado apenas y colocado allí, en el plano de la mesita, como si estuviese cortado, volvióse lívido de indignación.

—¡Supongo — dijo — que en la cinta no habrás hecho poner mi nombre!

Bellavida, con el pañuelo listado de negro ante los ojos, indicó que no con la cabeza.

—¿Y qué más?

—Además — prosiguió entre lágrimas Bella-

vida—he mandado decir tres misas a la pobre santa: una por usted, otra por mí y otra por Miguelito.

Miguelito se estremeció, envanecido por la gran noticia de la misa... ¡Oh!, ¿también por él?, y fué a pasarse la mano por la chaqueta, pero interrumpió el gesto al ver ponerse en pie al notario, con los ojos foscos.

—¡Me dirás cuánto has gastado!

—Señor notario...

—¡Me dirás cuánto has gastado!—insistió exasperado el notario.

Bellavida oprimió entre los dientes el labio inferior, para impedir estallar en sollozos; mas las lágrimas le llovían de los ojos.

—¡Po... or... por compasión...!—farfulló—¿Me quiere dar también esa pena?

El notario observó aquellas lágrimas, el lastimoso aspecto de aquel hombre, deshecho en unos días por la inesperada desgracia; vió pintarse el asombro en el rostro empalidecido del muchacho, y comenzó a pasear por la habitación, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, sin añadir palabra. Los pantalones de aquel traje viejo de casa, demasiado anchos, le hacía dos grotescas arrugas por detrás, que al movimiento de las nalgas, subían y bajaban de la más ridícula manera. Lo notó Miguelillo, y ya no miró otra cosa mientras el notario no dejó de pasear.

Al fin, Bellavida, acabó de sorber con la nariz las últimas lágrimas, y prosiguió:

—He venido también por Miguelito.

El notario se detuvo, y volvióse a mirarlo.

—¿Por Miguelito?

—Sí, señor; para preguntarle si puedo mandarle de nuevo a la escuela.

—¡Dios grande y bueno!—exclamó entonces el notario levantando los puños al techo—¿Y por qué me lo preguntas a mí?

—Pues, para saber, si le parece bien... a los seis días solamente...

Con ambas manos, aún elevadas, el notario hizo un violento gesto de indiferencia.

—¡Haz lo que te parezca!

—¡Ah, no!—saltó gravemente y también resueltamente esta vez Bellavida—¡Se trata de Miguelito! Y nada quiero yo hacer sin el consentimiento y el consejo de su señoría. El muchacho sufre estando solo en casa conmigo. ¿No ve cómo se ha desmejorado en estos días? Pero es que yo no sé más que llorar, llorar, llorar...

Y otra vez a llorar como una fuente.

De improviso, medio ahogado, con un esfuerzo, saltó en pie y fué a echarse sobre el notario, desesperadamente.

—¡Ah, señor notario—gritó—, por compasión, señor notario, tenga lástima de mí! ¡No me abandone, no me abandone, señor notario, en este momento! Todos me desprecian por causa de usted... todos se rien de mí... ¡de este mismo luto que visto...! ¡Sólo usted puede y debe compadecerme!

¡Usted, que conoce mis sentimientos! ¡Usted, que sabe que jamás he admitido nada de usted! ¡Un poco de consideración solamente, por el respeto que le he guardado siempre... un poco de consideración por mi desgracia, por nuestra desgracia, señor notario!

Y al decir esto, le miró, desde cerca, tan afligido, tan afligido y con unos ojos tan desvariados y atroces, de loco, que el notario sintió la tentación de darle un empujón para quitárselo de encima y mandarlo lejos con sus sollozos.

Casi le pareció mentira; sintió asco al notar, bajo la tela peluda del traje teñido, los flacos brazos de él, que querían, en la convulsión del llanto, agarrársele al cuello. Con aquel asco en los dedos, volvióse hacia la ventana, cerrada, como buscando una salida. Quién sabe por qué, advirtió enseguida la cruz que en la vidriera formaban las varitas de hierro oxidadas. Y al mismo tiempo advirtió una extraña relación entre el horrible peso de aquel hombre, que lloraba sobre su pecho, y toda la solitaria tristeza de su vida de viejo y gordo solterón, tal y como ahora le aparecía evidente en los sucios cristales de la ventana sobre el cielo ceniciento de la mañana otoñal.

Para substraerse a la pesadilla, comenzó a animar al afligido; le prometió que no le abandonaría; que volvería—sí, sí,—que volvería a su casa, como antes.

—Pero, Teresita... Teresita, señor notario...

ya no la encontrará usted allí... ¡No lo podrá resistir su señoría...!

—¡Sí! ¡Te digo que iré...! Iré... iré...

Y así consiguió, al fin, que se fuera.

Una vez solo, estuvo más de cinco minutos abriendo y cerrando las manos, todo él vibrante, congestionado, mientras mujía, silbaba y gritaba en todos los tonos:

—¡Caramba...! ¡Caramba...! ¡Caramba...!

\* \* \*

Sentado en un banquillo de hierro de su cafetuchó, inclinado, con los ojos fijos en el mármol sucio y polvoriento de un velador, Bellavida aguardó durante varios días la prometida visita del notario Denora. Mas ni el notario fué, ni fueron tampoco sus amigos, que antes solían pasar en el café las tardes enteras hablando, leyendo los periódicos, jugando a las cartas. Y con el chiquillo apretado entre los brazos, en cuanto éste volvía de la escuela, Bellavida se deshacía en lágrimas, esperando. Después, sintiendo que el corazón se le desgarraba en el pecho, saltaba en pie; confiaba la tienda al viejo camarero, que no hacía más que dormir, y se dirigía nuevamente con Miguelito a casa del señor notario.

Sólo tras cuatro o cinco visitas de éstas comenzó a darse cuenta de que no le eran gratas al notario. No dijo nada. Añadió al llanto, siempre

vivo por la muerte de su mujer, otras lágrimas por este nuevo dolor, y escaseó un tanto las visitas. Cuando iba, hacía entrar en el despacho a Miguelito, mientras él, siempre cubierto por su rigurosísimo luto, más lívido de día en día, más decaído, sentábase, silencioso, y con los ojos cerrados, en el recibimiento. Poco a poco los párpados se le llenaban de llanto, y las lágrimas, gruesas y espesas, se deslizaban por sus mejillas hundidas. Con la nariz, llena también de lágrimas, sentía la necesidad de sonarse fuerte; pero se sonaba despacio, para no molestar; despacio, despacito... Y se enternecía angustiosamente por toda aquella delicadeza suya sin recompensa; y aquella angustiosa ternura se le disolvía enseguida en una nueva y más impetuosa inundación de lágrimas.

—¿Te ha besado, di, te ha besado?—preguntaba enseguida a Miguelito, acudiendo como un sediento, en cuanto le veía salir del despacho.

Miguelito se encogía de hombros, fastidiado, no entendiendo el por qué de la ansiosa, insistente, premura del padre por saber qué le había dicho y hecho el notario.

—¿No te ha besado?

—Me ha hecho así—respondía, al fin, Miguelito, pasándose ligeramente una mano por los cabellos hirsutos.

—¿Y nada más?

—Nada más.

Le acompañaba a casa; se lo recomendaba a la criada; y volvía a la tienda, donde encontraba al camarero viejo durmiendo aún, con la boca abierta, en un rincón, comido por las moscas.

En toda la tienda, desde los escaparates—en un tiempo pintados de blanco, ahora amarillentos y descascarillados—, sonaba el zumbido seguido, acompasado, opresor, de las moscas, de las que ni él siquiera se cuidaba. Casi ni las notaba siquiera. Volvía a sentarse, inclinado, en el banquillo de hierro, y allí se estaba, inmóvil, durante horas y horas, con los ojos fijos, agudos, desencajados, que parecía acababan de devorarle el rostro demacrado y pálido, con la barba de varios días.

Las moscas se le posaban en las orejas, en la nariz y en la barbilla; no las advertía, o, cuando más, levantaba apenas, apenas, una mano para espantarlas, cuando ya habían volado. Se habían hecho las dueñas de la tienda—está claro—, puesto que nadie iba ya... Y hasta habían cubierto de sus suciedades los dos velos, uno celeste y otro rosa, ambos descoloridos, que en el mostrador cubrían las pastas ya secas, las tortas endurecidas, con la mermelada cargada de moho. Cubiertas de polvo se hallaban en los estantes del fondo las botellas alineadas de licores, verdes, amarillos y rojos. Y en uno de los platillos de cobre de la balanza, en el mostrador, seguía una pesa, como para recordar la última venta de dulces hecha por la mu-

jer, que hasta poco antes sentábase allí, sonriente y resplandeciente, en el mostrador, con la naricilla blanca de polvos, y el chalecillo de seda roja con lunitas amarillas sobre el seno próspero, los grandes aretes de oro en las orejas, y cada sonrisa que dedicaba como respuesta a las miradas que le dirigían, le descubría los hoyuelos en las mejillas, ligeramente retocadas de colorete.

Lo sentía aún, lo sentía siempre, en su afilada nariz, el perfume cálido, embriagador, de aquella mujer llena de vida; y apretaba los puños, asaltado por un desesperado deseo de derribar aquellos escaparates, de volcar todas aquellas botellas, que con su simétrica inmovilidad de cosas que podían seguir estando allí como antes, cuando para él todo había terminado, exasperaban, de una manera insoportable, su angustia.

Calumnias, puras calumnias de las gentes, aquello de que sostuviese el café con dinero del notario Denora; y nadie mejor que el notario Denora podía saberlo. Había llegado a prohibir a su mujer, siempre, absolutamente, que aceptara ni el más pequeño obsequio, lo que se dice ni siquiera una flor, del señor notario. ¡Desinteresado hasta el escrúpulo! Admitía los céntimos del café que el notario iba a tomar allí con sus amigos, precisamente, porque, de no tomarlos, hubiera temido dar que hablar; pero lo sentía. Algo más que el café—aunque hecho con todo esmero—: ¡su sangre le hubiese dado! ¡Sí, señores! ¡Sí, señores!, porque

le estaba sumamente reconocido él, infinitamente reconocido por la defensa que en los primeros tiempos de su matrimonio había hecho a su favor, en contra de su mujer que le acusaba de inepto, de poco perspicaz, de poco tacto con los clientes, de inexperiencia, y también, también de necedad; reconocidísimo, además, al señor notario, que, con su tranquila y circumspecta influencia, había llevado la paz a su hogar, y por el desquite que con su amistad había podido tomarse de todos los que se le habían siempre burlado por sus aires de «persona distinguida» que sabía tratar y estar en confianza con lo mejor del señorío.

Enfermizo desde niño, se alabó siempre de tener ideas distinguidas, por cuyo motivo no había podido sufrir nunca el trato con la gente vulgar, y había procurado intimar con los «caballeros», los cuales — tenía que reconocerlo — tuvieron todos siempre para él mucha consideración. Se había casado, después, con una de la clase de ellos, venida a menos, pero con una educación de verdadera señora; bonita, bonita... ¡como un sol! Y—claro está—, con tal de alcanzar la tranquilidad, el amor, la conformidad... ¿Qué le importaba que muchos le difamaran, que se mostrasen indignados o que se mofasen? No se había cuidado él nunca de ciertas gentes, satisfecho con la consideración de los verdaderos señores.

Mas ¿por qué razón, ahora que se hallaba desolado y deshecho por la imprevista desgracia, no

se dejaba ver ninguno de ellos en el café? ¿Qué mal habría hecho él al señor notario y a sus amigos para que le trataran así? Si alguno de ellos dos podía tener remordimiento de haber hecho algún mal al otro, ese, ciertamente, no podía ser él.

Bellavida no se podía consolar. Mientras tanto los días pasaban y él se agotaba cada vez más. ¡Acabaría por volverse loco—palabra de honor—, por volverse loco!

Ahora ya, cuando acudía a casa del notario con Miguelito, no subía siquiera la escalera; mandaba arriba al muchacho y él permanecía aguardando en la puerta, como un mendigo. A poco bajaba Miguelito y él le espiaba los ojos, sin valor ya para preguntarle cómo le había acogido el notario.

\* \* \*

Al fin, un día, se presentó en el umbral del cafetín uno de los amigos más íntimos del notario Denora.

Apenas lo vió, Bellavida, como empujado por un resorte, se puso en pie:

—¡Señor abogado!

Pero enseguida le acometió un mareo, y se vió obligado a llevarse una mano a los ojos y a apoyarse con la otra en el velador.

—¡Ay, Dios! Bellavida, ¿qué es eso?

—Nada, señor abogado... La alegría... Como

he visto entrar al señor... Me levanté con demasiada prisa... Estoy tan débil, señor abogado... Pero no es nada, ya pasó...

—¡Pobre Bellavida!—le dijo el otro, apoyándole una mano en el hombro—Si lo veo, está usted muy desmejorado, mucho... No, no, no se levante, no...

—¡Su señoría es quien debe sentarse, por compasión!

—Eso es, me siento aquí.

—¿Desea tomar café? ¿Alguna bebida?

—No, nada. Siéntese usted. Vengo de parte del notario Denora, mi querido Bellavida, para hacerle a usted una proposición...

—¿De parte...?

—Del notario Denora.

Bellavida, al oír nombrar al notario así, como a traición, miró al abogado, con la impresión de que hubiese ido a quitarle hasta el aire para respirar.

—Comprendido—dijo—. Dispense...

Y no pudo seguir. ¡Cómo era eso! ¿El señor notario había podido sentir la necesidad de dirigirse a un tercero para hacerle a él una proposición?

Interpretando mal el doloroso aturdimiento que se pintó en el rostro de Bellavida, el abogado se apresuró a tranquilizarle:

—No se alarme usted, no se alarme, mi querido Bellavida. Se trata del porvenir de su hijo.

—¿De Miguelito?

—De Miguelito, sí. Usted sabe muy bien que el notario le ha querido siempre mucho y sigue queriéndolo.

—¿Sí?, ¡ah!, ¿sí?—exclamó enseguida Bellavida, enderezándose, con los ojos de improviso sonrientes entre las lágrimas. Y la angustia atormentada de todos aquellos días se le agolpó para hallar un desahogo en un torrente de preguntas ansiosas, a través de la alegría inesperada, insospechada, de la noticia.

—¿Por qué entonces...?—comenzó a decir.

Mas el abogado levantó las manos, interrumpiéndole enseguida.

—Déjeme usted hablar, se lo ruego. El notario le propone a usted enviar al muchacho a un colegio de Nápoles.

A Bellavida se le desencajaron los ojos, volviendo a caer en su dolorosa turbación, mas con la sospecha, ya firme, de que la embajada que le llevaba aquel señor ocultaba una verdadera traición del notario.

—¿A Nápoles?—dijo—¿A Nápoles, el muchacho? ¿Por qué?

—Para darle una mejor educación—respondió el otro en el acto, como si fuese una cosa por sí misma natural y evidente—. Claro está que el notario correrá con todos los gastos, si usted consiente en separarse del niño.

En un principio, desorientado aún, afirmándose

poco a poco, después, en su sospecha, que le llenaba de espanto e indignación al mismo tiempo, Bellavida comenzó a sospechar, a inquirir:

—¿Por qué? El chiquillo aquí estudia, señor abogado; adelanta en la escuela, no lo pierdo de vista. ¿Por qué el señor notario me propone enviarle tan lejos a un colegio, a Nápoles? ¿Y yo? ¡Ah!, ¿es que el señor notario no quiere ya contar conmigo para nada? Sin el muchacho me moriría... ¡Ya me estoy muriendo, señor abogado, me estoy muriendo de pena, abandonado por todos sin saber por qué! ¡Pero qué le he hecho yo, qué le he hecho yo, en nombre de Dios! ¡También quiere quitarme el chiquillo...! No, no, ¡déjeme hablar! No es cierto que se interese por la educación de Miguelito, no. ¡Otra cosa será! ¡Otra cosa! ¡Y yo sé, señor abogado, yo sé lo que es! ¿Cómo es eso? ¿Me habla de gastos, él? ¿Se atreve a hablarme de gastos? ¿Y cuándo he recurrido a él para sostener al muchacho como si fuese hijo de señores? ¡Yo, sólo con mis medios, yo! ¡Y mientras viva, yo sólo proveeré! ¡Digaselo! No puedo mandarle a Nápoles; pero aunque pudiese, no lo haría. ¿Por qué el notario me obliga a decir esto? ¿Ha creído, acaso, que le llevaba el muchacho para pedirle algo?

En aquel instante, el abogado trató de contener el fragor de aquella impetuosa de palabras, aprovechando la sospecha, realmente infundada,

que encerraba la última pregunta de Bellavida. Mas éste no se dejó avasallar:

—¿No es eso?—insistió—Y entonces, ¿por qué? ¿Es que ya no quiere ver ni siquiera al muchacho? En cuanto a mí, ¡ya no me ve desde hace tanto tiempo!

—¡Oh! Terminemos de una vez—dijo resueltamente el abogado, impaciente ya. ¡Ya estamos en ello! De eso se trata, querido Bellavida. Vamos a hablar claro.

Pero, realmente, cuando se halló en el instante de abordar el asunto, aquello de hablar claro no fué tan sencillo para el abogado, pues no era fácil empresa la de hacer entender a Bellavida la indignación del notario por su perruna adhesión. ¿Cómo soltarle en pleno rostro que, a la muerte de la mujer, el notario había creído librarse para siempre de la pesadilla de él, que con el ridículo de su inconcebible apacibilidad, con el respeto que le demostraba ante todo el mundo, con los elogios desmesurados que difundía con todo el que hablaba—de su ingenio, de su nobleza, de su gran corazón y hasta, ¡Dios mío!, de su hermosura—, le había envenenado el placer de aquella única y tardía aventura de su sobria y reservada existencia? ¿Podía ya tolerar el señor notario la amenaza de no quitárselo nunca de encima, y que siguiera respetándole, alabándole, sirviéndole ante todo el pueblo, para demostrar, por todos los medios, como siempre había hecho, que

si algunos trataban familiarmente al notario Denora, no debían hacerse ilusiones, porque el señor notario tenía en secreto especiales razones de intimidad con él, y la confianza, por tanto, que a él le concedía, no hubiera podido otorgársela a los demás?

Ligado a él por fuerza, por amor a una misma mujer, ¿podía el notario seguir ahora igualmente ligado por el dolor común, por el luto común? ¡Vamos, seamos justos! ¡Era ridículo!, ¡iridículo! Y Bellavida, ¡caramba!, debía comprenderlo; ya que aquella ligadura había sido forzada, ahora que la muerte, al fin, la había truncado, el notario no tenía ya nada que compartir con él; porque el dolor—si lo tenía—, el luto—si quería llevarlo por la muerte de aquella mujer—, no había necesidad alguna que lo tuviese y lo llevasen a la par. Demasiado habían dado que reír. Ahora basta. Ya no quería.

Bellavida, tras haberse retorcido sobre el banco para profundizar aquella fatigosa explicación, llegó al final medio atolondrado.

—¡Ah!, ¿sí...?—comenzó a decir—¡Ah!, ¿era por eso?

Y no terminaba. Y a cada «¡ah!», los ojos, doloridos por la dura fijeza de aquellos días, se le desvariaban, se le encendían en relámpagos de locura.

—¡Ah! ¿Teme al ridículo el señor notario? ¿Lo teme, él? ¿Teme al ridículo porque yo le respeto?

¿El teme al ridículo, él que durante diez años me ha hecho el hazmereir de todo el pueblo? ¡Ay, cuanto lo siento! ¿Y por eso quiere deshacerse de mí y de Miguelito? ¿Porque quiero respetarlo aún y voy a verlo a su casa con el muchacho? ¡Cuánto lo siento, cuánto, palabra de honor! Pues si es por eso, ¡ah! señor abogado, dígame—se lo ruego—dígame que no volveré a ir a su casa con el chiquillo; pero que, en cuanto a respetarlo ¡ah, en cuanto a respetarlo, eso ya no lo puedo evitar! Le he respetado siempre, cuando el respeto podía costarme desestimación y menosprecio, ¿y quiere, que ahora, precisamente ahora, que es cuando lo necesito más, no le respete? Dígame usted, señor abogado, ¿qué he de hacer para no respetarle? No he hecho otra cosa en toda mi vida ¿y quiere que ahora, de repente, no le respete ya? Por fuerza he de respetarle siempre, ¡dígaselo usted! Al revés; ahora voy a respetarlo más. Sí, señor. Usted perdone; me enseña usted mismo el medio de venganza ¿y quiere que no lo aproveche? Ante todo el mundo haré el alarde de respetarle más aún, de manera que todos sepan y vean cuál es, y cómo es este respeto mío hacia él. ¿Me lo podrá impedir? En cuanto le vea, enseguida me acercaré a él. ¡Haré como una profesión el ser su sombra! Sí, señor. La sombra de su arrepentimiento; de todo el mal que me hizo, por todo cuanto le he querido. Vaya a decírselo. El será el cuerpo y yo la sombra. Que me da un puntapie, lo recibo; que me da un bofe-

tón, me lo aguanto. Me quitaré, por el contrario, el sombrero enseguida por cada puntapie que me lance, por cada bofetón que me dé. Puede ir a decírselo. El cuerpo él y yo la sombra.

El abogado trató por todos los medios de disuadirle, con ruegos, con razones, con amenazas. No hubo quien apartara a Bellavida de aquella frase:

—El cuerpo él y yo la sombra.

Estaba ya para lanzarse del todo en el abismo de la más negra desesperación, y he ahí que encontraba en aquellas palabras, como un sostén para detenerse, para rehacerse. ¡Ay, Dios! ¡Si hasta podía reírse! Sí; ¡ya se reía! Había llorado tanto; ahora podía reírse. Sí, sí. Y los demás se reírían también. Sería su venganza. Todos los maridos engañados deberían adoptar aquel nuevo género de venganza: darse a respetar, a venerar, a elogiar ante todo el mundo, por todos los medios, al amante de la mujer, hasta desesperarlo; reflejar sobre él, constantemente, el ridículo de su propia mansedumbre, hasta hacerlo huir entre la general hilaridad; y, entonces—eso, eso—correr tras él, y nuevos saludos, reverencias y sombreroazos, hasta no dejarle un instante de descanso.

A cada cual su turno, ¡pedazo de ingrato! Jamás había imaginado él, que su sincero respeto era ya una venganza de la traición, porque envenenaba al señor notario su mismo placer. Un motivo más para respetarlo ahora que le había abierto

los ojos y que, por medio de su emisario, le había hecho ver y tocar lo que había sufrido, ¡pobrecillo!

De aquí en adelante, había que indemnizar al pobre señor notario por todo aquel sufrimiento, con otro tanto respeto.

Y a la mañana siguiente, en cuanto Bellavida vió al notario, corrió furtivamente, de puntillas tras él, y dió en seguirle de cerca, espectral. El notario notó que la gente que venía de frente se reía, mirándole, por algo que había a su espalda; se volvió; le vió; se detuvo para fulminarle con una mirada, palideciendo. Bellavida, impasible, se detuvo también. El notario adelantó a pecho abierto, y rugió bajo, bajo, haciendo ademán de levantar la caña de Indias:

—Déjame en paz, Bellavida, y vete o te estrello ¿sabes?

—Estrélleme el señor notario, pero no me voy —le respondió Bellavida, inmóvil, con los ojos bajos.

—Pero, a fin de cuentas, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Nada; respetarle siempre, señor notario.

—¡Ten cuidadito que voy a dar parte al Comisario!

—Puede ir, pero ¿qué mal le hago yo?

—¡Ah! ¿Que, qué mal me haces? ¡Estás haciendo que todo el mundo se ría a mi costa!

—No, señor; yo le respeto como siempre le he respetado.

Y la prueba de cuanto el notario afirmaba, se manifestó, tras esta respuesta en una estruendosa carcajada de los curiosos que habían ido formando corro. A duras penas se contuvo el notario; miró a su alrededor con extraviados ojos, a toda aquella gente; luego se volvió a Bellavida:

—¿Los estás oyendo?

—Sí, señor.

—¿Y no te vas?

—No, señor.

Y se fué él, el señor notario, casi corriendo, para no hacer un disparate, y se encerró en su casa como un loco. Pero Bellavida, a toda prisa le siguió, entre las carcajadas de la multitud que se había reunido, entre una turba de chiquillos que tomaban a zumba al señor notario.

Y no acabó ahí; Bellavida se impuso, de verdad, como una profesión, el ser su sombra, él —que había sido siempre, a juicio de todos algo loco, por aquellas «ideas distinguidas».

El notario vióse obligado a recurrir al Comisario de Policía; mas Bellavida respondió al Comisario que no molestaba a nadie; que iba por las calles por cuenta propia, solo y silencioso, como una sombra, siempre con el mayor respeto para el señor notario.

¿Entraba el notario en el salón del Casino? Bellavida se quedaba esperándole, paseando ante la puerta de cristales, durante horas y horas.

—Ahí está Bellavida—decían—. El notario no debe andar lejos.

El notario salía del casino; y él detrás. El notario se detenía ante el escaparate de una tienda; y él se detenía también, hasta que el notario no echaba a andar.

—¡Mucho cuidado, Bellavida, que te estrello de veras!

—Estrélleme el señor notario. Yo le respeto.

La gente le preguntaba si no se cansaba de seguir al notario y Bellavida, cada vez más lívido, cada vez más escuálido, siempre vestido de riguroso luto, encogíase de hombros, entornaba los ojos y respondía, serio, serio:

—No, ¿por qué? El es el cuerpo y yo la sombra.